Familia amigoniana

Identidad y misión de los Cooperadores Amigonianos

Juan Antonio Vives Aguilella (Godella)

Ambientación

En el seno de la Iglesia, dentro del *Pueblo de Dios*, teológicamente hablando sólo se distinguen dos estados: el *laical* y el *clerical*.

La *vida religiosa* –que por su propia naturaleza no es ni laical ni clerical, sino que acoge a fieles de uno o ambos estados– comenzó a surgir en la medida en que algunas personas se sintieron impulsadas a vivir con mayor radicalidad un mensaje –el evangélico– que, a nivel general, iba perdiendo vitalidad. Mientras duró el ideal primero, mientras duró el idilio que narran los Hechos de los Apóstoles al referirse a la primera comunidad, no surgió la así llamada *vida religiosa.*

En la Edad Media –la edad de hierro en la historia de la Iglesia– el *monacato* representó de alguna manera la *Ciudad de Dios* en medio de otra ciudad –la sociedad en general– que, aunque se declaraba cristiana y aceptaba e incluso defendía un *régimen de cristiandad*, vivía si no de espadas, sí al menos al margen de la Buena Noticia.

Y en medio de esa sociedad medieval secularizada apareció, entre otras figuras que impulsaron el nacimiento de distintos *Órdenes itinerantes*, la figura de Francisco de Asís, que se distinguió fundamentalmente por se un *rompedor de odres viejos*, de envejecidos esquemas y encasillamientos en que se había ido encorsetando la vida cristiana.

Tras el ideal de *vivir el evangelio a la letra, con radicalidad*, Francisco quiso recuperar la vida de la primitiva Iglesia, cantada idílicamente en el libro de los Hechos.

Y uno de los elementos esenciales de aquella primitiva Iglesia fue precisamente el preponderante papel de los laicos. Para Francisco, el laicado representó siempre un estado, tan idóneo como pudiera serlo el de los clérigos, para *alcanzar la perfección cristiana del amor*, y no quiso nunca que entre los hermanos se creasen distinciones –ni mucho menos jerarquías– entre clérigos y laicos, entre sabios e ignorantes, entre ricos y pobres, pues, como le gustaba repetir, *el espíritu del Señor se posa igual sobre unos que sobre otros*.

Desde ese mismo convencimiento de considerar el estado laical como perfectamente válido para vivir en plenitud el ideal evangélico, Francisco no hizo en ningún momento *proselitismo* para que los seglares con que se relacionaba abrazasen la vida religiosa, antes, por el contrario, articuló para ellos una espiritualidad –de carácter puramente laical – para que pudieran vivir con radicalidad el espíritu del evangelio, desde su propio estado y en medio de sus cotidianos compromisos y quehaceres, dando cauce así al nacimiento de la *Tercera Orden Franciscana Seglar.*

Durante largos siglos la Orden Tercera Franciscana –junto con otras Terceras Órdenes promovidas por los dominicos, carmelitas, teatinos, etc.…– constituyó casi el único cauce en el que los *seglares* que se sentían llamados a vivir con mayor radicalidad y compromiso su fe podían alimentar su crecimiento espiritual y humano y, al mismo tiempo, expresar este crecimiento en una determinada actividad apostólica.

En el siglo XIX, con el despertar de la conciencia social en el seno de la Iglesia –que, en honor a la verdad, hay que resaltar que fue más bien obra de los seglares, que de los clérigos– fueron surgiendo distintas asociaciones de tipo laical –tales como los *Círculos Católicos*, las *Conferencias de San Vicente de Paúl*…, y más tarde la misma *Acción Católica*– que propiciaron también el crecimiento personal e integral de los seglares, desde el común compromiso apostólico y social de la promoción de las clases más desfavorecidas y del mundo obrero. El propio padre Luis Amigó se formó en su juventud en algunos de estos movimientos integrados en la espiritualidad católica seglar y comprometidos en la labor de promoción religiosa y social. Su apostolado juvenil, desarrollado en compañía de otros amigos en hospitales, alquerías y hasta en la cárcel, estuvo impulsado y favorecido desde la espiritualidad seglar que bebió en Asociaciones tales como la *Escuela de Cristo* o la *Congregación de San Felipe Neri* que en Valencia estuvieron íntimamente conexionadas con el mismo *Patronato Católico Obrero*.

Raíces laicales de las Congregaciones amigonianas

Las dos Congregaciones amigonianas, tal como el propio Fundador se preocupa de anotar en su relato autobiográfico, tienen *raíces laicales*:

- *El progreso de la Tercera Orden Franciscana Seglar y el deseo de mayor perfección de algunas almas que querían consagrarse al Señor me impulsaban* –anota el padre Luis con relación a la fundación de las Hermanas– *desde hacía ya mucho tiempo a intentar la fundación de una Congregación de Religiosas Terciarias Capuchinas* (OC, 68).

- *Considerando yo lo mucho que debía agradar al Señor el progreso siempre creciente de la Tercer Orden* –anotó con relación a los Hermanos– *ofrecí al Señor… redoblar mis esfuerzos y trabajos para dilatar más y más la venerable Orden Tercera… y al momento pasó por mi mente y se me fijó la idea de completar la obra con la fundación de una Congregación de Religiosos Terciarios…* (OC, 83).

Sobre esas *raíces laicales* aún se podría decir mucho más, pues no es ningún secreto el hecho de que los primeros apostolados que el propio padre Luis confió originalmente a sus dos Congregaciones eran continuación de las mismas actividades apostólicas a las que preferentemente encauzaba él, a los grupos y personas de la Tercera Orden Franciscana a los que acompañaba en su crecimiento y caminar.

Precisamente por ello, hace ya algunos años anoté que *para las Congregaciones amigonianas compartir el carisma con los laicos significaba, de alguna manera, volver a las raíces y constituía una "forma de devolver a los laicos el regalo –el carisma– que en su día se había recibido a través de los mismos"*.

Con todo, las Congregaciones amigonianas históricamente hablando olvidaron bien pronto sus raíces. Quizá todo fue consecuencia del contexto espiritual que les tocó

vivir en su primeros años, que no invitaba a pensar en participar el propio carisma más allá de la comunidad jurídica de hermanos y hermanas y que no consideraba, por ende, ni por asomo la creación de grupos de laicos asociados en torno a las propias comunidades religiosas.

Una primera expresión del compartir el carisma amigoniano

En 1937 –tres años después de la muerte del padre Fundador– se produjo una primera expresión del compartir el carisma con los laicos. Se trató de la *Pía Unión de Cooperadores Marianos*, que el padre Mariano Ramo fundó aquel año en Galatone – Italia y que fue aprobada por el obispo del lugar el 17 de diciembre de 1937.

Aquella Pía Unión llegó a extenderse por toda la Congregación y llegó a contar con estos órganos propios de difusión: *Il Cooperatore di Maria*, en Italia; *Esperanza y Cooperación*, en España, y *La Estrella*, en Colombia. También abrió una sección –los *Pequeños Cooperadores*– para acoger a niños y jóvenes.

Con el tiempo, sin embargo, la *Pía Unión* –de carácter más bien oracional– fue perdiendo vitalidad al llegar el posconcilio y quedó reducida a algún pequeño grupo –entre ellos el de Galatone– que logró sobrevivir a los avatares de la historia.

Con el Concilio se prepara el nacimiento de los Cooperadores Amigonianos

Para entender la génesis de los *Cooperadores Amigonianos* –que constituyeron para la Congregación una *nueva y más integral expresión del compartir el propio carisma con los laicos*– hay que arrancar necesariamente del Vaticano II.

Con el Concilio se empezó a vivir en el seno de la Iglesia católica la *historia reciente del laicado.*

Es verdad –como ya antes se ha apuntado– que las Terceras Órdenes habían venido desarrollando su labor desde hacía siglos, y es verdad también que, a partir del siglo XIX, gracias principalmente a la acción directa de laicos comprometidos con la *cuestión social* –tales como Ozanam, Kolping y otros– la Iglesia se había hecho presente en medio del mundo obrero y había podido adaptarse a la nueva cultura que estaba surgiendo. Pero con todo, la vocación laical continuaba siendo por lo general, en vísperas del Vaticano II, la gran relegada. Los movimientos nombrados eran minoritarios, y, sobre todo, se tenía la conciencia –más explícita o implícitamente– de que sus integrantes, precisamente por su condición de seglares, no pasaban de ser "cristianos de segunda división".

La Iglesia venía desde siglos acentuando una dimensión jerárquica y piramidal en la que los laicos –los más–, ocupaban el puesto inferior. En un tal ambiente de relegación de la vocación laical no se sentía, por ejemplo, ningún rubor a distinguir, en el seno mismo de la Iglesia, unos *estados de más perfección* que otros.

El Vaticano II, contemplando primordialmente a la Iglesia como *pueblo de Dios* [1] y, de modo particular, resaltando la *universal vocación a la santidad* [2] al afirmar, por

[1] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, capítulo II.

[2] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, capítulo V.

ejemplo, *que todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, que es una forma de santidad que promueve aún en la sociedad terrena un nivel de vida más humano*[3], pone las bases para devolver a la vocación laical la dignidad que nunca debiera haber perdido.

La *perfección cristiana* –que lo es siempre en el amor y por el amor, ya que cualquier otra pretensión de perfección no pasa de ser un anhelo del propio egoísmo que, a lo máximo, conduce a un estéril y frustrante *perfeccionismo*– deja de situarse en *los estados de vida*, para adentrarse en el ámbito de la propia vivencia: *Todos los fieles cristianos* –insiste en este sentido una vez más la *Lumen Gentium*– *en cualquier condición de vida, de oficio o de circunstancias, y precisamente por medio de todo eso, se podrán santificar de día en día, con tal de recibirlo todo con fe de la mano del Padre celestial, con tal de cooperar con la voluntad divina, manifestando a todos incluso en una servidumbre temporal, la caridad con que Dios amó al mundo*[4].

A partir de esas premisas, el propio Concilio explicitaría aún más en otros documentos –y de modo especial en la *Apostolicam Actuositatem*– la identidad e importancia de la vocación laical, resultando así ésta la gran *agraciada* en la doctrina conciliar. No cabe duda de que la doctrina sobre los laicos fue uno de los aportes más enriquecedores de ese gran evento de la Iglesia de nuestro tiempo.

Junto a la dignificación de la vocación laical, el Vaticano II resaltó otro valor –el de la universalidad o catolicidad del Pueblo de Dios y de los carismas recibidos– que con el tiempo influyó decisivamente en el fenómeno, que a continuación se verá con más detalle, por el que los laicos y religiosos se sienten comprometidos a compartir carismas.

El carácter de universalidad, que distingue al pueblo de Dios –se lee también en la Lumen Gentium– *es un don del mismo Señor por el que la Iglesia católica tiende eficaz y constantemente a recapitular la humanidad entera con todos sus bienes, bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu. En virtud de esta catolicidad, cada una de las partes presenta sus dones a las otras partes y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada uno de sus elementos se aumentan con todos los que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad… De aquí dimanan, finalmente, entre las diversas partes de la Iglesia, los vínculos de íntima comunicación de bienes, y a cada una de las iglesias pueden aplicarse estas palabras del apóstol: el don que cada uno ha recibido póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios*[5].

Con ese acento a la universalidad y catolicidad del Pueblo de Dios y de sus carismas, no sólo se ponían las bases para superar los "capillismos" preexistentes –de carácter más o menos selecto y excluyente–, sino que se iba favoreciendo también la toma de conciencia de que todo carisma –incluso los confiados originalmente a un Instituto religioso– como *regalos que son de Dios para regalar*, no sólo están llamados a extenderse por la universalidad del Orbe –que esto, de alguna manera, siempre había estado presente en la conciencia de los distintos Institutos–, sino que está llamado también a enriquecer a una iglesia particular, pudiendo y debiendo ser regalado –participado– a todos y a cada uno de los integrantes de esa comunidad eclesial, quienes, desde su libertad

[3] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, 40 .

[4] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, 41.

[5] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, 13.

y desde su propio estado y condición, pueden a su vez acogerlo de forma integral. Dicho de otra manera, el carisma de un Instituto religioso no sólo está llamado a enriquecer a la propia comunidad eclesial mediante el testimonio y apostolado de sus integrantes, sino también a enriquecer a esa misma iglesia local participando, comunicando la propia espiritualidad –el propio talante de ser y hacer– a aquellos fieles que se sientan llamados a ello. Todo esto, que en el fondo no es para nuestra "familia" una "novedad", por cuanto que el mismo Francisco lo había intuido y actuado cuando ofreció la participación de su espiritualidad a todos –fuesen sacerdotes seculares o simples laicos–, sí que fue innovador dentro del ambiente histórico y eclesial en el que se celebró el Vaticano II, en el que las distintas Órdenes y Congregaciones recelaban de alguna manera entre sí y nutrían más de un sentimiento de "rivalidad", y en el que la comunión entre Ordinarios de lugar y Congregaciones religiosas era, en muchos casos, una "asignatura pendiente"[6].

Distintos modos de participación del carisma

Antes de entrar –ya de lleno– en la *identidad del Cooperador Amigoniano*, tema central de la presente reflexión, conviene aclarar algo –aunque sea muy elemental– sobre los distintos modos que pueden darse en la *participación de un carisma*.

Y antes que nada, convendría poner de manifiesto que en el tema concreto de los *Cooperadores Amigonianos* pudiera suceder –como sucede por desgracia muchas veces en la vida– que el *fervor primero* impulsase, aunque fuese de forma un tanto inconsciente, a querer *pasar de la nada al todo*.

Hace veinte años, por ejemplo, no existían, como tales, los Cooperadores Amigonianos, pero sí que había, en torno a las comunidades amigonianas, personas que, atraídas por el propio apostolado, eran *bienhechoras, protectoras* o *amigas* de la Congregación.

Junto a ese grupo de "personas buenas" ha habido también, desde siempre, alrededor de las comunidades amigonianas, otros hombres y mujeres que, en calidad de *empleados* o *colaboradores profesionales* han estado más unidos a la Congregación. Y entre ellos se han distinguido incluso algunos o algunas que, *más allá de sus obligaciones laborales*, se han comportado también como verdaderos amigos o amigas de la comunidad en cuestión.

No se puede olvidar tampoco que, por ley natural de vida y afecto, los familiares de los religiosos –y particularmente los padres– han constituido tradicionalmente –pero de modo especial desde que el Concilio animara a cuidar las relaciones de los propios religiosos con el ámbito familiar– una especie de *corona afectiva* para la misma Congregación.

Pues bien, esos grupos "naturales" existían y preexistieron a los *Cooperadores Amigonianos*. Y la tentación ahora –especialmente para los religiosos– pudiera estar en que, de forma más consciente o inconsciente, se intentara –*más allá de toda prudencia*– que se integrasen en los Cooperadores.

---

[6] A partir precisamente de la *apertura a la universalidad* de los distintos Institutos promovida y propiciada por la doctrina conciliar fueron tomando más auge, por ejemplo, órganos de comunión entre las distintas Órdenes y Congregaciones, como las *Conferencias de Superiores Mayores* que habían nacido oficialmente unos años antes del evento conciliar (cf. VATICANO SEGUNDO, *Perfectae Caritatis*, 23).

Una cosa es la *invitación* a ello –que, si es tal, no ofenderá a nadie, pues será un *homenaje a la libertad* – y otra muy distinta, *empujar a integrarse*.

La integración en los Cooperadores Amigonianos, por se una integración al unísono en el *ser y hacer* del carisma amigoniano –como se verá en el punto siguiente y central de esta reflexión– debe ser una *integración libre*.

Por lo demás, hoy en día –y como una consecuencia más de la *cultura posmoderna*, y, por consiguiente como consecuencia en este caso concreto de la tendencia de esta cultura a la *fragmentariedad*, opuesta por esencia a la *integridad* – muchas personas se sienten llamadas a *compromisos, más o menos puntuales, en el hacer*, y no se plantean tan siquiera el llegar un día a ese *compromiso vital* que implica todo el ser y que supone *coherencia* entre el propio *sentir, pensar* y *actuar*. Y por más que esta cooperación o compromiso no sea, sobre el papel, la más ideal, ni la que se plantea –como se verá también a continuación– para los Cooperadores Amigonianos, no se puede menospreciar, ni mucho menos, su aportación. Ni se puede dejar de atender su llamada a *permitirles ayudarnos*. En este sentido, por ejemplo, la Congregación cuenta actualmente –entre otros organismos que permiten y favorecen la participación en su *hacer*, a nivel de *voluntariado*– con la *ONG – Fundación Amigó*.

Las ONGs constituyen, no cabe duda, un medio muy legítimo, serio y respetable para trasmitir, favorecer y multiplicar el propio apostolado, mediante la colaboración entre seglares y religiosos y mediante el aprovechamiento y utilización de los numerosos recursos que ponen a disposición de la causa de los más necesitados, distintos Estados y Asociaciones.

Aparte de las ONGs se podría hablar de toda una serie de agrupaciones o formas de voluntariado que, sin ser específicamente los Cooperadores Amigonianos, implican a sus integrantes en el carisma amigoniano y constituyen así otros modos de participar del mismo. Es este sentido, no deja de ser muy positiva, por ejemplo, la agrupación de aquellas personas que, *atraídas por la pedagogía amigoniana* en algunas de sus expresiones –educación formal, protección, reeducación…– se sienten llamadas a conocer dicha pedagogía más a fondo y a propagarla en el entorno.

En fin, además de los Cooperadores Amigonianos existen y pueden existir otros modos –igualmente válidos y respetables– de participar el carisma trasmitido por el padre Luis Amigó.

Compartiendo el ser y el hacer

Ahora bien, y sin menoscabar para nada la validez de los distintos modos de participación arriba mencionados, hay que subrayar que la participación a la que están llamados los Cooperadores Amigonianos es una participación de tipo integral que incluye al unísono *el ser y el hacer*. Este tipo de participación, que se asienta –como arriba se ha dejado dicho– en la doctrina conciliar sobre el laicado, constituyó con el tiempo un fenómeno del que poco a poco se fueron haciendo eco las distintas Congregaciones religiosas.

Ya en 1990, cuando los Superiores Generales –siguiendo la estela del Sínodo de 1987, dedicado a *la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*, cuyas conclusiones habían quedado recogidas en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, publicada el 30 de diciembre de 1988– centraron su reunión, celebrada en Ariccia, en el tema *Laicos y religiosos en la nueva evangelización*, se puso de manifiesto con claridad cómo no pocos Institutos religiosos se sentían cada vez más sorprendidos por el hecho de que *un número creciente de laicos seglares les pidiesen compartir su carisma, y que no se contentasen con una mera colaboración apostólica, sino que deseasen un tipo de participación más honda, buscando compartir la propia espiritualidad, buscando compartir de modo integral el propio carisma*[7].

Casi coetáneamente con ese documento de los Superiores Generales, en la Congregación, cuyo Gobierno General estaba presidido por el padre José Oltra, se abordó de lleno un proyecto en el que se venía trabajando ya de alguna manera desde 1984: la creación de los *Cooperadores Amigonianos*.

Del 15 de agosto al 15 de septiembre de 1992 se celebró en Godella el III Curso Amigoniano de Formación, en el que se elaboró el *Proyecto de Vida, Directorio y Oracional* de los Cooperadores Amigonianos, que fueron oficialmente reconocidos y aprobados por la Iglesia, a través del Pontificio Consejo para los laicos, el 8 de diciembre de 1992.

Posteriormente –del 5 al 12 de febrero de 1995– se desarrolló en San Jerónimo de Moravia, Costa Rica, el I Encuentro Internacional de la Asociación.

Identidad del Cooperador Amigoniano

La *Identidad del Cooperador Amigoniano*, la identidad de todo aquel que, desde su *secularizad*, quiere *compartir integralmente el ser y hacer amigoniano*, queda perfectamente recogida en el *Proyecto de Vida*, y gira en torno a estas tres grandes dimensiones: *llamada – vocación, consagración – crecimiento personal* y *envío – apostolado.*

Previamente, sin embargo, a decir algo sobre cada una de esas tres dimensiones, se podría profundizar –como en una especie de introducción – el título mismo que distingue esta *asociación laical: Cooperadores Amigonianos*.

Con el sustantivo *Cooperadores* se quiere subraya fundamentalmente que el seglar amigoniano debe sentirse, siguiendo la teología paulina[8], *un cooperador de Cristo y con Cristo*, un *colaborador de Dios*, en la ingente tarea del Evangelio.

Decir *cooperador*, pues, lejos de querer expresar una subordinación del laico al religiosos, quiere indicar, por el contrario, la dignidad del laico, como colaborador de pleno derecho con la persona misma de Cristo. Desde esta perspectiva, el término *cooperador* vendría a ser la mejor *traducción teológica* del concepto *zagal* con el que el padre Luis Amigó invitó a todos sus seguidores a caminar tras las huellas de *Cristo – Buen Pastor* y compendiaría en sí mismo la espiritualidad del *verdadero colaborador*

[7] Cf. UNIÓN DE SUPERIORES GENERALES, *Laicos y religiosos en la nueva evangelización*, Ariccia 1990, p. 17.
[8] Cf. *1Co* 3, 6-9 y 21-23; *Fil* 1, 27 y *2Tim* 1, 8.

con Cristo, que, a ejemplo de Juan Bautista y María, debe *procurar no suplantar al propio Cristo, al verdadero autor de la salvación*[9], debe saber *presentar a Cristo en sociedad*[10], y debe finalmente saber *disminuir para que sea Cristo quien aumente* y aparezca como único salvador[11].

Mediante el adjetivo *Amigoniano* se quiere expresar, por su parte, que se tiene el propósito de vivir la *colaboración con Cristo desde los valores de la amigonianidad*. Y esto precisamente es lo que contempla de una manera particular el *Proyecto de Vida*, centrado en profundizar la *identidad del Cooperador Amigoniano*, como a continuación se verá.

· ***Capítulo I del Proyecto de Vida.*** Constituye este primer capítulo una especie de síntesis de todo el *Proyecto de Vida* y viene a ser para el Cooperador como su *carnet de identidad*, como el documento en el que, de forma concisa, pero completa, se recoge lo más característico del *ser y hacer amigoniano*, vivido y activado desde el carácter secular. Se recogen, pues, en él aquellas tres esenciales dimensiones a que ya antes se ha aludido –*vocación, consagración* y *misión* –acentuado en ellas, desde un principio, lo que les aporta de característico el carisma amigoniano. Especialmente importante en este sentido son los números que hablan de los "modelos" espirituales (cf. n. 3, 4 y 5) y el que invita a los Cooperadores a vivir su vocación, consagración y misión haciendo propio el mandato de Luis Amigó de *ir, cual zagales, en pos de la oveja descarriada* (n. 6).

· ***Capítulo II del Proyecto de Vida.*** Se centra este capítulo en profundizar la esencial dimensión de la *consagración bautismal* que el Cooperador Amigoniano está llamado a actuar: viviendo el propio ser de *sacerdote*, *profeta* y *rey* con talante amigoniano (cf. n. 8, 9, 10 y 11); acogiendo el mensaje desde una actitud interior de *conversión*, de crecimiento personal y constante en el amor (n. 8 y 12), y manteniendo siempre una fidelidad constante al propio *carácter laical* (n. 8, 10 y 13).

· ***Capítulo III del Proyecto de Vida.*** Es este capítulo el que de manera particular está llamado a dar el *toque propio y característico a la consagración bautismal, desde la amigonianidad*.

El *amor cristiano*, el amor vivido y actuado en verdad, tiene siempre el colorido integral que le confiere el *arco iris de las bienaventuranzas*.

No puede considerarse, pues, *amor de verdad* aquél que no es al mismo tiempo *generoso* y *sencillo*, *fuerte*, *misericordioso* y *limpio*, *defensor de la verdad y portador de paz* (cf. Mt 5, 3-10 y 1Co 13). Y por ello precisamente todos los carismas se encaminan a la perfección del amor. Sin embargo –y aquí radica la diversidad– cada carisma, sin olvidar nunca el conjunto, acentúa determinados matices o colores de ese arco iris (n. 14, 15).

---

[9] Cf. *Jn* 1, 20 y 32; *Jn* 3, 27-28 y *Lc* 1, 46-55.
[10] Cf. *Jn* 1, 29; *Jn* 1, 35 y *Jn* 2, 5.
[11] Cf. *Jn* 3, 30. En María esta actitud queda reflejada en el hecho de que desde que Cristo comienza su vida pública, ella desaparece, y no aparece ya sino en una ocasión esporádica (cf. *Mt* 3, 30-36) y al pie de la Cruz (cf. *Jn* 19, 25-27).

La amigonianidad pone *énfasis especial* en la *misericordia*, vivida específicamente en el contexto de la *oveja descarriada*, (n. 16 y 17) y actuada desde las actitudes que se derivan de la figura del *Buen Pastor*, la *Madre de los Dolores*, *San Francisco* y *el padre Luis Amigó* (n. 18, 19, 20, 21, 22 y 23).

· ***Capítulo IV del Proyecto de Vida.*** Está dedicado todo él a recoger y desarrollar otra dimensión fundamental en la vocación, en la identidad del Cooperador Amigoniano, la *dimensión fraterna*, esencial a toda vocación cristiana y acentuada de forma especial en todo proyecto franciscano de vida.

· ***Capítulo V del Proyecto de Vida.*** En este capítulo, que se articula fundamentalmente en torno a la necesidad vital del *continuo crecimiento* –como personas, como cristianos y como amigonianos a la vez–, se hace especial énfasis en la *armonía y coherencia entre ser y hacer* que debe distinguir la vida y el caminar del Cooperador Amigoniano.

Si algo distingue de forma esencial y particular a los *Cooperadores Amigonianos*, de otras personas que, de modos distintos, participan del carisma amigoniano, es precisamente el hecho de que los Cooperadores –como ya se ha dejado dicho– quieren *compartir al unísono el ser y el hacer*.

Conviene resaltar, sin embargo, que frente a esa *armonía de vida* que debe establecerse entre *oración y acción* (n. 31, 37, 38 y 39 especialmente) existen, no obstante, dos grandes peligros: el *misticismo* o *pietismo* que convierte la oración en una especie de relación "cerrada" entre la persona y Dios, y que no influye de modo integral en la vida del orante, y el *activismo*, que pretende centrar todo el empeño en el *hacer*, en el *apostolado*, olvidándose, al menos en la práctica, de que –como diría Luis Amigó– *el mejor medio de hacer bien a los otros es estar bien llenos del Espíritu del Señor que es amor* (n. 30).

· ***Capítulo VI del Proyecto de vida.*** El último de los capítulos doctrinales sobre la identidad del Cooperador –pues el VII se dedica ya a recoger elementos estructurales u organizativos– gira en torno al *empeño apostólico*. En él, tras acentuarse de nuevo la necesidad que tiene el cooperador de integrar *oración y acción* (n 44, 45 y 46), se resalta especialmente la necesidad que tiene personalmente dicho Cooperador de actuar –con el espíritu propio de Luis Amigó (n. 48 y 49)– en el propio entorno familiar, social, laboral (n. 47 y 50).

Esa *dimensión personal*, que debe distinguir la actuación del Cooperador, no está ni mucho menos reñida, sin embargo, con toda la otra *dimensión "grupal"* del apostolado propio de los Cooperadores.

No cabe duda que puede contribuir mucho a unir un grupo el emprender *como tal* alguna acción apostólica conjunta, como pudiera ser, por ejemplo, el recabar fondos para desarrollar un determinado propósito.

Considero, en este sentido, que en la *programación anual* de la vida de un grupo no debería faltar, junto a programas formativos a desarrollar, *un proyecto apostólico común*. También él contribuiría –y mucho– al crecimiento integral, no sólo de los componentes de ese grupo, sino del grupo mismo.

Resonancias de los propios Cooperadores sobre su identidad

Antes de entrar en la conclusión propiamente dicha de esta reflexión, me gustaría hacerme altavoz de algunos de los *sentimientos expresados por algunos cooperadores* y que nos dejan entrever *de qué manera han captado ellos lo esencial de la identidad del Cooperador Amigoniano*:

- Es una vocación que llega de lo interior; un *atracción*, algo parecido a un "*golpe de corazón"*.
- Compartimos el ideal y el carisma del padre Luis Amigó y *buscamos ser de ayuda a los hermanos en dificultad*.
- El carisma amigoniano ha sido mi guía en la fase de *crecimiento humano y espiritual.*
- *La espiritualidad amigoniana hace humana mi vida*.
- Desde que soy Cooperadora *mi vida se ha transformado.* Me siento *más cerca de Dios y más cerca también del prójimo necesitado*.
- La espiritualidad amigoniana ha llenado mi vida. Me ha ayudado *a ser serena, con la seguridad de que tengo siempre una "familia" que me puede ayudar.*
- Soy Cooperador porque *me siento llamado y comprometido*.
- Ser Cooperadora Amigoniana *ha dado otro rumbo a mi vida*… Me ha enseñado a *saber valorar a quines me rodean* y a *compartir* las cosas buenas que he ido aprendiendo…, he descubierto el *valor incalculable que tiene la familia*…
- Ser Cooperadora Amigoniana *ha representado para mí un mayor acercamiento a Dios. Me ha ayudado a crecer como persona. Ha mejorado muchísimo mi entorno familiar y laboral.* Como *madre* procuro seguir el ejemplo de la *Madre Dolorosa* y como *profesional* procuro adaptar las enseñanzas del *Buen Pastor, San Francisco, Luis Amigó*.
- *Me gusta esta espiritualidad*, ya que *crece uno a nivel social, humano, espiritual* para después *ayudar más al necesitado* con las propias actitudes.

Y para terminar un sueño

Ya para concluir me gustaría expresar un sueño con relación a la Asociación; un sueño que como tal, tiene siempre mucho de *personal* y, por ende, *subjetivo*. Os lo *comunico, no* con la intención de *marcar camino,* sino sólo con la de *compartir entre hermanos*:

Mi sueño gira en torno a la *autonomía laical*, en torno a la *libertad de ser, de crecer y de actuar* de los laicos.

La participación de los seglares en la *triple dimensión* que comporta todo carisma religioso –la *teológica*, la *fraterna* y la *apostólica*– debe realizarse, como se ha visto en el Proyecto de Vida, traduciendo como *espiritualidad seglar* el carisma mismo de la Congregación, *superando* en todo momento –y aquí se entraría ya en el "sueño"– *la tentación de ver en los laicos unos meros colaboradores de los religiosos; la tentación de convertirlos en seguidores del carisma, pero "de segunda división"*.

La participación integral en el carisma del Instituto religioso *convierte al seglar* –y esto nunca puede ser olvidado– *en heredero de pleno derecho del mismo*.

Como ámbitos en los que sueño unos seglares –unos Cooperadores Amigonianos– con la necesaria autonomía, apuntaría los referentes a su propio *ser*, a su propio *hacer* y a su propio *caminar*.

· *Seglares con el corazón libre*

Sueño con seglares que conserven la libertad de corazón; que no se dejen convertir en una especie de "semi-religiosos", como si desconfiasen, al menos en la teoría, de la belleza y bondad de su vocación laical, tal como quedó resaltada en la doctrina del Vaticano II.

Es importante que no perdáis nunca el *carácter secular* que es *propio y peculiar de vuestra vocación*.

A veces pudiera daros la sensación de que si no os "reconsagráis" os "falta algo".

No olvidéis que ya estáis consagrados por Dios en el bautismo.

No se trata, pues, de que os volváis a consagrar, se trata de que toméis con renovada ilusión y energía vuestra propia vocación bautismal y os comprometáis a vivirla con mayor fidelidad y radicalidad.

Lo verdaderamente importante en este sentido como Cooperadores Amigonianos es que vayáis *descubriendo y asumiendo* –animados por el espíritu de Luis Amigó– *los compromisos que se derivan de vuestra consagración bautismal*.

· *Seglares con la manos libres*

Sueño también con seglares que conserven su libertad de acción.

Vosotros no estáis llamados esencialmente a ser continuadores de pesadas cargas institucionales que a veces los religiosos han venido acumulando con los años.

Es posible que alguno de vosotros se sienta llamado, desde su libertad, a comprometerse con alguno de esos "tinglados" institucionales. Si es así, adelante. Pero pensad siempre que el *carisma amigoniano* va mucho más allá de las obras que él mismo haya podido suscitar hasta el presente.

En las instituciones regidas por los religiosos amigonianos hay gente "buenísima" y muy competente en su trabajo, que "se siente incluso identificada con el espíritu amigoniano" y que, sin embargo, no se ha sentido llamada a integrarse en los cooperadores. También a ellas hay que respetarles su libre opción.

Ni todos los que trabajan con los religiosos amigonianos son –ni tienen por qué ser Cooperadores – ni todos los Cooperadores tienen por qué sentirse obligados a reducir su acción apostólica a las obras propias de la Congregación.

· *Seglares con los pies libres*

Sueño, finalmente, con seglares, con Cooperadores Amigonianos, que conserven su libertad de movimiento para caminar.

Vosotros debéis tener la suficiente autonomía para caminar solos.

No quiere decir eso que no sea importante la figura del *acompañante espiritual*. Lo es y mucho. Pero en definitiva cada grupo debe llegar a ser *artista de su propio caminar*.

¡Tan complicado puede ser organizar un pequeño grupo!

Es importante el liderazgo por parte de vosotros mismos dentro del grupo.

Si no hay libertad de movimiento, si no vais adquiriendo *autonomía en la acción*, no acabaréis de crecer nunca como grupo.

El dejarse "dirigir" puede ser incluso, en un primer momento, más sencillo y, sobre todo, más cómodo, pero si no tomáis en las propias manos el caminar de vuestro propio grupo, no alcanzaréis la mayoría de edad como "zagales del Buen Pastor", como Cooperadores Amigonianos; no dejaréis de ser, de alguna manera, "monaguillos".